

prostituirse, á lo ménos por una vez, en el templo de Milita, á un extranjero, el cual les daba el precio de su oprobio exclamando: *Suplico á la diosa Milita que te sea propicia*. Hechos tan contrarios á las costumbres de hoy día no pueden ser negados como imposibles por quien sabe cuánto ha alterado el extenso comercio en todas partes las relaciones entre los sexos, y cuantos ejemplos se ofrecen á los viajeros de costumbres semejantes. ¡Tanto delira el hombre abandonado á sí mismo, que de esta querida y preciosa mitad del género humano hace una amiga, una compañera, una divinidad, ó bien un instrumento, una mercancía, un animal de regalo, una bestia de carga ó una víctima espiatoria!

Más dificultad nos cuesta el creer á los historiadores cuando dicen que esto no impedía á las mujeres el ser castísimas en el matrimonio, y que en vez de vivir separadas de los hombres á la oriental, se sentaban á la mesa hasta con los extranjeros, honradas como esposas y como madres. Las hermosas se vendían en almohada, y con el producto se formaba el dote para las feas; y si el matrimonio no prosperaba, se disolvía restituyendo el precio. Un tribunal nombrado al efecto estaba encargado de colocar á las doncellas y de castigar los adulterios.

Otros, por el contrario, nos hablan de obscenos convites, en que no sólo las bayaderas, sino también las mujeres é hijas de los más ilustres ciudadanos se despojaban del pudor al mismo tiempo que de los vestidos.

Las personas cultas y los magistrados formaban la clase de los magos, cuyas funciones y derechos eran hereditarios; pero uno podía ser admitido por adopción, como lo consiguió el hebreo Daniel. La doctrina que se conservaba entre ellos era mucho más pura que la popular; creían en la inmortalidad del alma, considerándola como una emanación de la pura luz increada; y admitían una Providencia que dirigía el universo, pero gobernándolo solamente con relación al hombre, de donde procedieron los errores de la astrología.

Esta clase sacerdotal, que se hizo venerable por medio del misterio, gozaba de grandes honores, y era reputada por muy científica, principalmente en materias de astronomía. Dícese que los magos dividieron desde entonces el zo-

díaco en 30 grados y cada grado en 30 minutos; que calcularon el año en 365 días y poco ménos de seis horas, y que conocieron que las estrellas eran excéntricas respecto de la tierra. La torre famosa que sin duda les sirvió para sus observaciones, presentaba en su base y en su altura la medida del estadio caldeo, el cual es  $\frac{1}{1119}$  de grado, ó sean 5702 toesas, 1 pié, 9 pulgadas y 6 líneas; de suerte que apenas hay 63 toesas de diferencia entre esta medida y la de la tierra, según los académicos franceses. Aquiles Tacio (en verdad testigo tardío) afirma que los babilonios calcularon que un hombre, corriendo á buen paso, podría seguir al sol en su carrera al rededor del globo, y llegaría al mismo tiempo que él al punto equinoccial. También parece que conocieron el gnomon solar.

Mas por desgracia hacían servir la astronomía para sus imposturas, y para adivinar el porvenir por el aspecto de las constelaciones, obligando á sus discípulos á someter ciegamente la razón á la autoridad.

La magnificencia del templo de Belo, nos da una idea de la esplendidez de su culto, en que se llevaban en procesión ídolos de oro y de plata, adornados de vestidos y joyas y á los cuales se ofrecían regalos de manjares. Junto á los diversos templos habitaban personas de oficios y artes diferentes; cerca de los de Saturno vivían los agricultores, los matemáticos y los astrólogos; á la inmediación de los de Venus, las mujeres, los poetas, los músicos; los escultores; y en las cercanías de los Júpiter, los doctos y los magistrados.

De dos fiestas principales hacen mención las historias, una en honor de Belo, donde según Herodoto, se gastaban cerca de mil talentos en incienso, y la otra semejante á las saturnales, en la cual los esclavos hacían el papel de amos. Este rito, si me es permitida una conjetura, dependía quizá de una creencia popular entre los pueblos adoradores de la naturaleza, según la cual, era posible detener el curso del sol cubriendo de ligaduras sus imágenes. De esta manera representaban la alternativa de debilidad y de vigor que los griegos simbolizaron en Hércules, ora vencedor de los leones y de los gigantes, ora afeminado á los piés de Yola. Los fenicios y los italianos tenían generalmente encadenadas las imágenes de Malcar-

te y de Saturno; y cuando las desataban en los días más largos del año, celebraban la libertad, suavizando la suerte de los esclavos. En Cidonia de Creta los habitantes dejaban la ciudad, y los siervos, entrando en posesión de los bienes, podían hasta apelar á los hombres libres; y en Egipto, Hércules daba libertad á los esclavos que se refugiaban en su templo de Canope.

## CAPITULO V.

## LOS HEBREOS.

## Hebreos nómadas.

Aun independientemente del orden en que la fé nos presenta los sucesos, el historiador debe fijar especialmente su atención en un pueblo maravilloso, que á la misión religiosa une la misión política de conservar lo pasado y preparar el porvenir con las creencias que partiendo de su seno van á civilizar la mejor parte del mundo; pueblo que por medio de una serie no interrumpida, enlaza la más apartada antigüedad con el porvenir más remoto. Sus anales, depósito de las tradiciones del género humano; anteriores por lo ménos á la división de los hebreos en dos familias; conservados en su integridad por el privilegio de la inmortalidad, y adoptados como regla de fé por los países más cultos, han sido discutidos y comentados de mil maneras en todos tiempos; y ni aún la crítica más hostil ha podido negar que tienen demasiada sencillez para poder ser obra de un impostor, y demasiada sabiduría para poder ser obra de un ignorante ó iluso.

Siguiendo estos anales, hemos observado los primeros pasos del género humano hasta que se dispersó sobre la superficie de la tierra. Moisés nos señala también los padres de los diversos pueblos, y los lugares donde se establecieron; pero no destinando su libro á satisfacer la curiosidad, sino á conservar la religión y la nacionalidad, se contenta con determinar claramente el origen de su pueblo y de las pocas tribus de los fenicios sus contrarios, ó de los árabes sus aliados. Tomar, pues, el Génesis por fundamento etnográfico, sería tanto como tomar la lengua hebrea por fuente de todas las lenguas.

Entre los descendientes de Sem distingue Moisés á Heber, de quien proceden los hebreos;

después á Taré, que fué padre de Nacor, Aran y Abraham. Entre los pueblos que habían perdido la senda de la verdad, quiso Dios elegir uno á quien gobernar con especial providencia para hacerlo depositario de las tradiciones y de las promesas. Este pueblo fué el hebreo, á cuya cabeza puso á Abraham. Pasó Abraham el Eufrates con su populosa tribu y sus innumerables ganados, á la manera que todavía lo hacen los beduinos, y se trasladó á la tierra de Canaan, prediciéndole Dios que llegaría á ser padre de una generación infinita, y que en él serían bendecidas todas las naciones. Con la promesa de que el Redentor del género humano nacería de este pueblo, se unió al vínculo del origen común el de la común esperanza; y la religión llamada de la naturaleza se desarrolló tomando las proporciones de religión de la ley.

Abraham, después de haber obtenido grandes riquezas en oro y en plata, estableció la circuncisión para distinguir á su tribu de las demas, abrió pozos, fué respetado por los demas jeques, y habiendo el rey Codorlaomor llevado esclavo á Lot, su sobrino, armó trescientos diez y ocho de sus siervos, derrotó al enemigo y libertó á su pariente cautivo. Acogía hospitalariamente á los que se presentaban en su tienda; en seguida les daba agua para lavarse los piés, y corría á escoger en la vacada el becerro más gordo y más tierno, mientras Sara, su mujer, amasaba la harina y cocía las tortas bajo la ceniza.

Sara, no pudiendo darle sucesores, le llevó la esclava Agar, á quien Abraham hizo madre de Ismael. Su fecundidad ensoberbeció á la sierva, tanto que Abraham, dándole un pan y un odre de agua, la arrojó al desierto. Ismael fué padre de los árabes, los cuales todavía pretenden tener derecho para robar porque su patriarca fué desheredado.

Sara, después, siendo de edad avanzada, dió á luz á Isaac; y habiendo éste crecido en años, Abraham envió á buscarle mujer entre sus parientes. Su siervo Eleazar, después de haber jurado sobre el muslo de su amo, se dirigió con diez camellos cargados de regalos á la Mesopotamia; y deteniéndose á descansar á la vista de la ciudad de Nacor, vió salir una bellísima doncella que iba á llenar su cántaro de agua. Elea-

zar le pidió de beber, y ella aplacó su sed y la de los camellos, y lo invitó á hospedarse en su casa. Eleazar, aceptando la invitación, le regaló dos zarcillos de oro que valían dos siclos, y brazaletes que valían diez; y habiendo recibido los dones de la hospitalidad, combinó las bodas y condujo á Rebeca á Isaac; á la cual dijeron sus hermanos: *ve y crece en millares de generaciones, y alquieran tus descendientes las puertas de sus enemigos.*

Rebeca engendró á Esasú y á Jacob, cazador el primero y labrador el segundo, que habitaba bajo las tiendas. Este alcanzó por astucia el derecho de primogenitura y la bendición paterna, lo cual dió lugar á largas enemistades entre ambos. Por tanto, Jacob buscó asilo en la Mesopotamia al lado de Laban, hermano de Rebeca; y con diez años de servicio adquirió por esposa á Lia, con otros diez á la hermosa Raquel, y todavía despues se quedó en la comarca con la condición de tener parte en la propiedad de los ganados. Cansado luego de servir á otro, se volvió á la tierra de sus padres, donde fijó las tiendas, levantó en Betel un altar al Dios único, y de su segundo nombre llamó Israelitas á los descendientes de sus doce hijos.

Entre éstos suscitó discordia la predilección que mostraba á José, por lo cual los demás, estando un día apacentando el ganado, viendo una caravana de madianitas procedentes de Galaad, que se dirigía á Egipto con camellos cargados de resina, aromas y mirra destilada, les vendieron á su hermano. Los madianitas lo llevaron á Egipto, donde, aun sin hablar de milagros, la destreza natural de su pueblo, y la suya particular, le granjearon la gracia de Putifar, eunuco de Faraon, y despues la del mismo Faraon que lo nombró su virey para remediar una carestía que le había predicho. A este fin se quitó del dedo el anillo y se lo dió al hebreo, lo mandó vestir con una túnica de lana finísima, le puso al cuello un collar de oro, y haciéndole subir en un elevado carro hizo que le llevasen por las calles de Menfis, mandando que todos le doblasen la rodilla, y que ninguno fuese osado á mover pié ni mano en tierra de Egipto sin su consentimiento.

Durante aquella carestía llevó á cabo José una revolución importantísima, pues aprovechando la ocasión trasladó á manos del Faraon

el dominio de todos los terrenos, convirtiendo á los propietarios libres en usufructuarios. Olvidando despues la injuria recibida, llamó á Egipto á las hambrientas tribus de sus hermanos, y los estableció en las vastas llanuras de Gessen, entre los brazos más orientales del Nilo, donde siguiendo su vida pastoril se multiplicaron extraordinariamente. Sin embargo, muerto José, y extinguida la dinastía que podía recordar sus beneficios, los egipcios miraron con envidia á los extranjeros. La sencillez de sus costumbres patriarcales contrastaba demasiado con el método de vida del país; el desprecio que mostraban á todo otro Dios que no fuese el suyo, único infinito, y no representable bajo figura alguna material, ofendía la superstición de los naturales; causaba á éstos recelo el verlos multiplicarse tanto temiendo que llegasen algun día á ser más poderosos que ellos; y finalmente les incomodaba aquella población errante entre ciudades civilizadas. Los hebreos, conociendo que se hallaban malquistos en Egipto, deseaban salir de allí; pero el Faraon no les daba licencia, porque solamente lo que de ellos recaudaba venía á importar un quinto de todos los tributos del país. Lo que el monarca deseaba era obligarlos á tomar residencia fija y á vivir en las ciudades; y como esto repugnase á la índole de aquel pueblo, él, para disminuir su número, se propuso «oprimirlos sábiamente,» imponiéndoles enormes trabajos, como la fabricación de ciudades, muros y diques, hasta que viendo que no aprovechaban estos medios, recurrió á la violencia, y mandó á las parteras que matasen á todos los hijos varones que nacieran en sus manos. Aquéllas, sin embargo, temiendo más á Dios que al rey, desobedecieron, y Dios las bendijo.

La opresión está á punto de concluir cuando llega al exceso. Moisés, á quien Dios destinaba la mayor gloria, como es la de libertador y legislador de su pueblo, fué abandonado en su niñez á la corriente del Nilo, salvado por la hija del rey que había bajado al río á bañarse, y educado en la corte, donde aprendió toda la sabiduría egipcia. Las seducciones de la instrucción y del lujo no le hicieron olvidar su origen; y cuando su señalado mérito, como generalmente sucede, le granjeó el odio de la

corte, huyó de la malevolencia del rey; y retirándose entre sus hermanos, se eximió de prestar indecorosos servicios al opresor de su pueblo. En su retiro deploró el mal gobierno de los egipcios, y fué el terror de los poderosos y el amparo de los débiles; despues habiéndose casado con la hija de Jetró, sacerdote de los Madiaditas, y convertido en pastor, llevó sus numerosos ganados y sus meditaciones á los valles del Sinai y del Oreb, y á las orillas del Mar Rojo; y adquiriendo nuevo vigor en la soledad, escuela de los fuertes, formó el propósito, no sólo de volver la libertad á sus hermanos, sino también de hacer de ellos un pueblo señalado entre las naciones.

Vencedor en la lucha que debe tener consigo mismo aquel que arrostra la indignación del poder enemigo y la indiferencia de los suyos, volvió á Egipto solo, sin fuerza material, para crear de nuevo un pueblo que ya no existía. Congregó entonces á los más ancianos de entre los hijos de Israel, y les expuso sus antiguos padecimientos, los nuevos peligros y la posible esperanza. La servidumbre había enervado las almas, y el ejemplo introducido algunas supersticiones; por lo cual Moisés para conformarse con el estado de ofuscación de sus ánimos, y con el materialismo de sus corazones, les habló de una tierra bendita, á donde los conduciría el Dios justo y fuerte de sus padres, el cual los había acogido como pueblo predilecto. El pueblo le creyó; habló en sus tradiciones una edad más feliz que la presente, un estado más digno, y quiso alcanzarlo con aquel entusiasmo que convierte los deseos en voluntad.

Moisés se valió de la elocuencia, del ascendiente de un espíritu superior y de la oportunidad de los prodigios, á fin de convencer al Faraon que dejase en libertad para marchar á los hebreos. Dios multiplicó los milagros para favorecer al pueblo elegido por él; y para confundir al Faraon, que á pesar de sus reiteradas promesas no permitía la salida de los israelitas, antes bien los tenía dispersos por el país. Finalmente, Moisés, reuniendo á los ancianos de Israel, y recordándoles el único Dios, en el cual eran única nación, y que prometía librarlos con brazo fuerte y hacerles su pueblo, los exhortó á salir con él de Egipto, abandonando

aquella nación bárbara, y llevándose no solo los ganados y bienes, sino cuanto pudieran obtener de los Egipcios. Así salieron los hebreos de aquella tierra ingrata; y primero para ocultar su marcha siguieron la márgen del Eritre, acampando despues en Ajeroth.

El Faraon de entonces, arrepentido de haber tolerado la marcha de los Israelitas, mandó enganchar los caballos á su carro, puso sobre las armas la casta de los guerreros, y los persiguió con ira. Pero el pueblo de Israel al llegar al Mar Rojo lo pasó á pié en junto, y el Faraon que se atrevió á seguirlo, vió sumergirse en las aguas á todos sus soldados.

Entonces desde la otra orilla cantaba Moisés:

«Gloria al Señor que se ha mostrado grande, y que ha postrado en el mar caballos y »ginetes.

«El Señor es mi fortaleza y el objeto de mis »alabanzas, porque fué mi salvación; él es mi »Dios, y yo le edificaré tabernáculo; es Dios de »mi padre y lo enalteceré.

«El Señor es valiente campeón; su nombre »es omnipotente.

«Él precipitó en el mar los carros y el ejér- »cito del Faraon. Sus mejores capitanes se »hundieron en el Mar Rojo; los abismos los cu- »brieron; hundiéronse como piedras en lo más »profundo.

«Tu diestra, oh Señor, fué grande en fortale- »za; tu diestra, oh Señor, destrozó al enemigo; »y con la grandeza de tu gloria derribaste á »tus adversarios. Enviaste contra ellos tu cólera »que los devoró como paja.

«Al soplo de tu ira se amontonaron las aguas, »detúvose la ola corriente, cuajáronse los abis- »mos en medio del mar.

«El enemigo dijo: yo los seguiré y avanzaré, »y repartire sus despojos; de ellos se hartará mi »alma; desenvainaré mi espada y mi mano los »exterminará.

«Sopló tu espíritu y el mar los cubrió; »hundiéronse como plomo en aguas impe- »tuosas.

«¿Quién como tú en fortaleza, oh Señor? »¿Quién hay semejante á ti, magnífico en la »santidad, terrible y loable ejecutor de mara- »villas?

«Extendiste la mano, y la tierra los tragó. »En tu piedad serviste de guía al pueblo á

»quien rescataste; y con tu fuerza lo has conducido á tu santa morada.

»Lo advirtieron los pueblos y se irritaron; y los habitantes de la palestina quedaron penetrados de dolor. Conturbáronse los príncipes de Edom; temblaron los fuertes de Moab, y se asombraron los habitantes todos de Canaan.

»Caiga sobre ellos el miedo y el pavor de tu robusto brazo; quédense inmóviles como piedras mientras pasa tu pueblo, oh Señor, este pueblo cuya posesión has tenido.

»Tú lo conducirás, tú lo establecerás, oh Señor, sobre el monte de tu heredad, en la firmísima morada que te has fabricado, en el santuario, oh Señor, que han fundado tus manos.

»El Señor reinará eternamente, y más allá de todos los siglos.

»Porque el Faraon entró á caballo en el mar con sus carros y caballería, y el Señor precipitó sobre ellos las aguas del mar; pero los hijos de Israel lo pasaron á pié enjuto.»

Así cantaba Moisés; y el pueblo innumerable repetía despues en coro:

»Cántemos al Señor que se ha mostrado grande, y ha postrado en el mar caballos y ginetes.»

A tan sublime poesía se remontaba ya el pueblo de Israel apénas redimido. Tan alta era la idea de la divinidad que se ofrecía á aquel pueblo, que apénas acababa de salir de entre una nacion sumida en el culto vil de las criaturas.

Moisés llevaba consigo seiscientos mil hombres capaces de tomar las armas, número que supone una poblacion total de dos millones de personas próximamente, con los cuales se encaminó á la Palestina: eleccion oportunísima, pues que los Israelitas no habrían bastado para vencer á los pueblos del Eúfrates ni á los poderosos Fenicios; y por otra parte el Yemen estaba muy distante, mientras que las pequeñas tribus de la Palestina con facilidad podían ser dominadas. El viaje era de unas trescientas millas; pero Moisés quiso tener á su pueblo en el desierto todo el tiempo necesario para que despues enteramente las ideas profanas, admitidas durante su larga estancia entre los extranjeros; para que con los trabajos se purificase de las viles costumbres de la esclavitud; para

que restableciese la tradicion nacional de Abraham y de su alianza con Jehová, y para que aprendiese á poner toda su confianza en su Dios, que continuamente se manifestaba con prodigios, y se acostumbrase á la ley nueva.

Habiéndose ofuscado aquella primera doctrina que Dios habia otorgado al hombre con la palabra, y que se habia transmitido por medio de los patriarcas, plugo al Señor revelar nuevamente su voluntad; y en las cumbres del Sinaí dió á Moisés el decálogo, en que está comprendido todo lo que forma la civilizacion de los pueblos y la moral de un hombre. El dogma de la unidad de Dios proclamado al frente de la ley, implica la unidad de la especie, y por consiguiente la igualdad entre los hombres; y la condenacion hasta de los malos deseos, sanciona la individualidad y hace que cada hombre se crea y se tenga por un ser digno de respeto.

Moisés hubo de luchar con la terquedad de un pueblo tosco y duro, que mientras su profeta le preparaba en diez líneas las reglas de la vida, ofrecía sacrificios al buey Apis, ídolo de Egipto, y pagaba con murmuraciones á su bienhechor. Antes de entrar en la tierra prometida murió este patriarca á la edad de ciento veinte años; y *no volvió á presentarse en Israel ningun profeta que se le pareciese, ni viese á Jehová cara á cara.*

## CAPITULO VI.

### Instituciones mosáicas.

En efecto, Moisés es el más grande hombre que se conoce en la historia, apareciendo en ella á la vez como poeta insigne, como profeta, como primer historiador, como legislador, político y libertador.

El origen de un pueblo es el mismo origen del mundo, y Moisés le refirió en once breves capítulos. Todas las naciones pretenden ser las más antiguas, pero cuando vienen á explicar sus primitivos tiempos los llenan de ciclos astronómicos y de acontecimientos mitológicos. Moisés no recurre á este medio; la omnipotente y libre voluntad de un Dios crea instantáneamente la materia, sucesivamente la ordena y le da vida; despues se la da á los peces, reptiles, volátiles, cuadrúpedos, y últimamente produce al hombre, del cual salen las familias hasta

Abraham, que es el tronco del pueblo hebreo.

En aquellas cortas páginas se asientan los problemas más sublimes y fundamentales, los que han atormentado á la razon humana desde su primitivo desarrollo hasta la luz presente. ¿Cómo principió el mundo? La creacion ¿fué libre é instantánea, ó necesaria y progresiva? ¿Cómo nació el hombre? ¿cómo adquirió las ideas? ¿cómo aprendió á hablar? ¿cómo existe el mal bajo el poder de un Dios bueno? ¿Cuál fué la primitiva sociedad? ¿cómo se dividieron las familias en naciones? ¿cómo se formaron los diversos idiomas?...

No pretendemos averiguar cómo se resolvieron estos problemas; lo maravilloso es el verlos expuestos, el encontrar dada una explicacion á ellos y tambien al origen de la patria potestad, al derecho de matar los animales, á las artes fabriles y á los fragmentos de ciencia, imperfecta pero sublime, que se encuentran difundidos entre todos los pueblos.

¿Cómo pudo exponer Moisés hace tantos siglos doctrinas que apenas acaban de averiguarse por las investigaciones de las ciencias físicas y geológicas? Si era impostor ¿por qué se contentó con referir simplemente hechos para cuya inteligencia no estaba preparado su pueblo? ¿No parece más bien que escribió lo que otro le dictaba, sin que él mismo lo comprendiese plenamente todo?

Tambien sus leyes suponen una precocidad de saber enteramente milagrosa. Exento de ambicion, no trató de adquirir el poder supremo, ni para él ni para su hermano; quiso sí elevar á su pueblo, conjunto de esclavos, del estado de tribus de errantes á la categoría de nacion estable, constituyéndolo sobre las tres grandes unidades de Johová, de Israel y del Thorá, es decir, un Dios, un pueblo, una ley.

Los códigos modernos se limitan casi solamente á proteger la posesion y la transmision de la propiedad y á impedir el mal, olvidando los deberes de la familia y de los ciudadanos; pero los antiguos prescribían igualmente el bien y descendían á los pormenores más minuciosos del culto, de la policia y de la higién: en ellos el precepto va unido al consejo, y la numeracion al entusiasmo. Así el código de Moisés abraza desde las combinaciones más elevadas de la política hasta las más peque-

ñas prácticas caseras, todo dirigiéndolo á la consolidacion del carácter nacional y de la moralidad.

En él, la religion severamente moral y confiada en la Providencia, no rodea su doctrina de misterios, sino que funda una iglesia nacional y una teocracia reguladora de la vida; no es un tejido ingenioso de conceptos metafísicos ineficaces en la práctica, sino un vivo y asiduo contacto con Dios entre el temor y el amor.

Moisés rogó á Dios; *ponme á la vista cuanto hay de bueno, ha me conocer, muéstrame tus senderos*; y de la verdad de los dogmas dedujo la santidad de la moral.

Admitido un solo Dios, no debía existir diferencia de naturalezas entre sus criaturas: los doctores dicen. *¿Preguntará por qué Adam es el único creado? Lo fué para que entre los hombres ninguno viniese que pudiera decir al otro: yo soy de raza más noble que la tuya.* Por lo tanto las castas desaparecían y la ley de la unidad diferenciaba á esta nacion de las demás; donde puede deducirse que todo conspiraba á la utilidad universal, sin exclusiones, sin concentrar la autoridad en una clase ó en un hombre.

Esta unidad campea en el decálogo, y sus consecuencias son la igualdad y la libertad. La ley se promulga para todos y no en nombre de un legislador, que con esto se habria hecho superior á la nacion, sino en nombre de Dios, del Dios que la sacó de la esclavitud. Así de la unidad nace inmediatamente la libertad; y todo Israel se encuentra libre, porque todo él salió de la servidumbre, esto es, con voluntad propia para buscar su perfeccionamiento por los mejores medios.

La idolatría que lleva consigo diversidad de númenés y la adoracion de la criatura, es severamente prohibida; y así se dice que tendrían consecuencias funestas que harían expiar los delitos de los padres hasta á la tercera y cuarta generacion.

Símbolo de la unidad nacional debía ser la unidad del templo, no pudiendo ofrecerse los sacrificios donde se quisiera, sino en el lugar que Dios habia elegido. Debía haber un solo templo portátil mientras Israel fuese nómada, y fijo cuando este pueblo se estableciera; el sa-